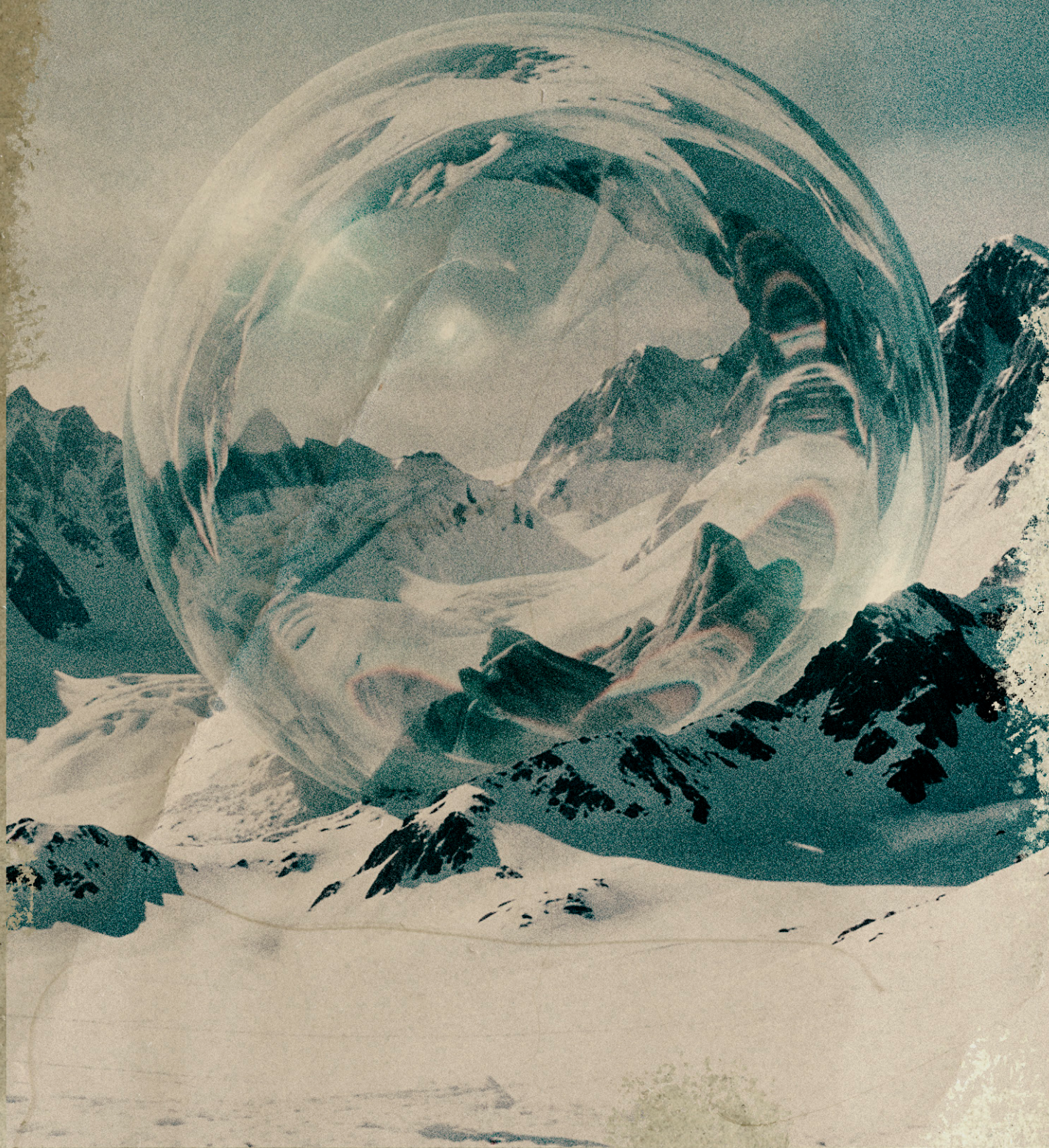


VASTIA

Chico López



Dot vino de muy lejos. Recorrió varias galaxias para cumplir la misión que hacía tiempo le habían encomendado sus superiores. Había explorado siete planetas en el periodo en el que para nosotros transcurren mil días. En unos encontró materia interesante y diferente a la de su astro de origen, seres especiales en otros, pero aún no había descubierto en ninguno aquello que daba sentido a su odisea.

El blanco de la niebla que esa mañana lo invadía todo allí arriba, se confundía con el de la nieve que cubría el Valle de Cuarán, escondido entre dos de los picos más altos de la cordillera Elética y que era el punto elegido por Dot para aterrizar su nave. Era un lugar solitario, que solo en primavera era atravesado por escaladores que buscaban la cima del pico Ursa, un «seis mil» atractivo que, junto al Orla, acogía aquel inhóspito valle.

La nave descendía lentamente, con trayectoria firme y sin los tambaleos que cualquier vehículo volador conocido hubiese sufrido al verse golpeado por el viento de treinta y cinco nudos que arreciaba en ese momento aquel infierno. Inmerso en la ventisca, su lento descenso parecía del todo irreal, como un mal efecto en una película antigua. Se vio frenado este, al posar las tres patas mecánicas que se habían desplegado segundos antes. Se enterraron casi un metro en la nieve, dando paso a una leve amortiguación con la que finalizó el aterrizaje.

Se paró el tiempo unos segundos. La ventisca dejó sus copos suspendidos en una fotografía que no albergaba movimiento, una que no sonaba de ninguna forma. Se impuso un silencio entonces, que habría dañado los oídos de cualquier humano o animal de nuestro planeta. Este error en el transcurso normal del tiempo dejó una fisura que dio paso al descenso de la burbuja metálica en la que se encontraba Dot.

Reflejó su entorno lácteo durante los dos últimos segundos de la falla y se perdió donde antes se enterraron las patas de su nave.

Volvió el ruido y los zarandeos del viento. Con ellos, el zumbido que la esfera emitió al desplazarse a gran velocidad bajo el manto nevado. Lanzando nieve a ambos lados a lo largo de unos metros que dibujaron su trayectoria, se perdió, como si se hubiese sumergido a más profundidad y ahora fuese invisible. Desapareció de la escena a la vez que su nave que, reflejando su entorno, se tiñó de un camuflaje que la protegería hasta la vuelta de su único tripulante.

El extraterrestre, inmóvil dentro de su burbuja, se desplazaba a gran velocidad ladera abajo. Sus habilidades mentales le permitían ver la superficie, captar el movimiento de cualquier ser vivo en varios cientos de metros y analizar los cambios de temperatura que se iban sucediendo en su frenético acercamiento a las poblaciones más próximas.

En el camino se cruzó con ardillas, cabras y osos. No detuvo su trayectoria, aunque sí hizo un análisis rápido de la fisionomía de estos animales, que almacenaría como los primeros datos recogidos de los habitantes del octavo planeta que visitaba en su exploración espacial. Hubo algo de estos seres que llamó su atención, pero no supo reconocer que era. Continuó unos metros más hasta que un fuerte dolor, justo donde nosotros tendríamos los ojos, le hizo parar en seco. Se retorció de dolor. Se volteaba en el líquido viscoso que llenaba la esfera. Emitiendo un ruido roto y agudo.

En su viaje no había sentido nada parecido. Dolor y placer en una misma punzada. La razón de todo. El sumun de la existencia. El verdadero motivo de su búsqueda.

Rastreaba y analizaba con ansiedad, filtrando miles de datos que no explicaban su desenfreno. Árboles, insectos, rocas, viento... y él. Ahí estaba. Un rayo de éxtasis recorrió su cuerpo reptiliano al sumergirse en los profundos ojos de su hallazgo.

Jadeaba este, mirando en su dirección. Como afectado por lo desconocido. Con el arrojo que le aportaba el miedo. Con una víctima sin vida entre las patas delanteras y su sangre chorreando entre los dientes. Con sus orejas buscando respuesta y el porte imponente de los de su especie, aulló, para dejar claro quién era; para dejar claro que presentaría batalla, fuese quién fuese el que había interferido en su festín.

Dot, aún sin moverse de su posición, estudiaba al gran lobo blanco que había dado un paso adelante para afrontar la pelea con lo que fuera que lo estaba perturbando. Su boca, sucia de sangre y vísceras, cada vez dejaba ver más sus dientes. Acompañaba el gesto con un rugido contenido que albergaba la hostilidad de quién pensaba comer por dos esa mañana.

El zorro bañado de rojo y abierto a jirones por las mandíbulas más agresivas de aquellas montañas, se derramaba en todas direcciones, dibujando un enorme círculo desigual que tenía por centro su cuerpo desmembrado y a su temible matarife.

El estudio pormenorizado que había hecho el marciano de la escena arrojaba un resultado desconocido y sorprendente, que dejaba claro el origen de su exaltación. Comprendió qué elemento diferente y único acababa de descubrir. Resolvió entonces, que su viaje astral terminaba en la Tierra y que desde allí solo partiría a Vastia para entregar a sus líderes la solución que perpetuaría su especie.

Henchido de satisfacción hizo vibrar la bola, *in crescendo*, hasta alcanzar un movimiento difícil de creer. En su máxima agitación volvió a pararse el mundo una milésima de segundo. Después una onda expansiva. Un latigazo mental, que hizo

explotar en mil pedazos al lobo y lo que quedaba del zorro. Todo se coloreó de la sangre que ansiaba el extraterrestre. A chorros. A borbotones. Embadurnando un escenario que ya no era blanco, ni frío.

La esfera se movió unos metros y comenzó a absorber toda la vida que había desparramada, como un robot de limpieza aspira la suciedad del suelo. Quedó limpio aquello. Dot se retorció, de placer, de dolor, sumergido en el rojo oscuro que inundaba su esfera. Sanaba todo su ser y se volvía aún más poderoso, entre gritos y gemidos, apagados certeramente por la naturaleza de su habitáculo.

Saciado de sangre, como si de un vampiro terrenal se tratase, reposó su exceso. Dos días completos de dormidera le costó la indigesta dosis de “vida” que dos mañanas antes había devorado. Salió de la esfera sabiéndose solo. Una vez fuera, se estiró y acompañando el gesto con unos crujidos que venían de la mitad trasera de su cuerpo, irguió sus tres metros y cuarenta y dos centímetros. Dejó que el intenso frío los recorriese, ayudándolo a recuperar su temperatura corporal habitual. Pasó unos pocos minutos así, expuesto, para luego regresar a la nave y enviar el informe a Vastia. Detalló lo recopilado hasta ese momento en una señal sonora imperceptible a nuestros oídos que viajaría hasta su planeta en pocos segundos. Extrañamente, no expuso en el mensaje su gran descubrimiento.

Sasha dejó la moto de nieve junto al cobertizo. Entró para guardar las botellas de aceite y se dirigió al interior de la cabaña. Junto al fuego se encontraban Paul y su

madre, que conversaban con el miedo dibujado en el rostro. Ambos la miraron a la vez al verla aparecer.

— ¿Sasha, has pasado por el pueblo? — comenzó su hermano.

Negó con los labios apretados, con la certeza de que algo no iba bien. Miró a su madre, que vestía la expresión de los malos momentos y sin detenerse en ella volvió la vista a Paul al que alentó con el gesto a que contará lo que fuese que ocurría.

— Ha desaparecido Bala y su familia. Y no son los únicos en el pueblo. Tampoco encuentran a Dara, la hija de Jenny, que salió temprano el martes hacia el almacén. En Durik han prohibido salir de las casas. Cuentan ya decenas de casos y no tienen ninguna idea, ninguna pista, de que puede estar sucediendo.

La temperatura exterior superaba a la que invadió el alma de Sasha. Se había quedado estupefacta ante el relato de su hermano. Helada, daba vueltas a sus palabras, las masticaba, intentando buscar una explicación a las desapariciones. Pero no, no encontraba ninguna. Era inquietante tener que asumir una amenaza de esa magnitud en su comarca, tan ajena a lo largo de su historia a la maldad de los hombres. Pero lo harían con valentía, con la misma con la que afrontaban la soledad, el clima extremo y las escasas expectativas de vida, si era eso lo que tocaba.

Un sonido rompió su monólogo interno, una llamada de teléfono que la sacó de las profundidades de sus cavilaciones. El tono alegre de la melodía de su móvil sonaba como un insulto en aquel momento. Por eso, y por la prisa por saber más del misterio, deslizó rápidamente el círculo verde para contestar. La voz de Mara sonó al otro lado. Tanta normalidad desprendían sus maneras, que supo al instante que